

# A bordo de un buque con Francisco Coloane



Foto: José Estay

"El último Grumete de la Baquedano", de Francisco Coloane (Quemchi, Chile, 1910), es una obra que cayó en mis manos con el peso misterioso de un libro bitácora, que se salvó de un naufragio después de haber navegado por alta mar, bajo el brazo de un marino ansioso por narrar las aventuras que le tocó vivir a bordo de un buque de guerra.

La obra está dividida en catorce capítulos y presenta a lo largo del tratamiento del tema valores morales y estéticos que, probablemente, lo convierten en uno de los relatos más hermosos de la vida de los marinos que navegan viento en popa por los canales australes de Chile, pues, a raras, gracias a la magia y la intensidad del relato, el lector tiene la sensación de estar a bordo de la corbeta la "Baquedano", sujeto al timón y mecido por las olas que se rompen contra la proa.

De este modo, Francisco Coloane, "escritor sencillo, pero sensible", como él suelo considerarse, nos invita a dar un paseo imaginario por la vasta geografía chilena llevándonos a bordo de la "Baquedano", que zarpa del puerto y navega por una geografía que el frecuentó desde su infancia, conviviendo con pobladores humildes y trabajadores que forjaron su ser y estimularon su vocación literaria.

Para cualquiera que haya incursionado en el mundo narrativo de Coloane, no será sorprendente descubrir en "El último grumete de la Baquedano", a ese viejo marino acostumbrado a contarnos, una y otra vez, historias cuyos cabos sueltos están también presentes en sus novelas "Cabo de Hornos", "La tierra del fuego" y en su reciente libro de memorias "Los pasos del hombre", donde el autor nos relata sus viajes y aventuras que transcurren en la región austral de uno de los países más largos y angostos de América.

"El último grumete de la Baquedano", escrito con pasión y conocimiento de causa, es un libro que bien podría servir como excelente manual de navegación para quienes se embarcan en un puerto, con las esperanzas de saciar su sed de aventuras y curiosidad con los secretos escondidos en la vastedad del mar. El autor hace gala de un estilo depurado y elegante, y desarrolla un argumento que fluye con soltura a lo largo del relato, desde la caracterización de los personajes, hasta el registro de giros idiomáticos y expresiones propias de la jerga marina: "Veinte grados a babor!", "¡Cierra la tarasca!", "¡Cazar las escotas de estribor!", "¡Atraca para la mar!", "¡Prepararse para vivir por avante!"...

Francisco Coloane, en esta obra de profunda trascendencia humana, nos sorprende con la sencillez y sensibilidad de los grandes narradores de la literatura universal. No pocas veces, más por su temática que por su estilo, ha sido comparado con Jack London y Joseph Conrad, aunque a él no le agradan ni desagradan las comparaciones con otros autores, cuyos temas también abordan las aventuras de piratas y marinos. Coloane sabe, de algún modo, que el mar no sólo es una inmensidad azul que se pierde en el horizonte, sino un personaje con vida propia, una suerte de amante que respira en sus flujos y reflujo. Tal vez por eso recuerda la tarde en que donña Eliana Rojas le dijo: "El rumor del mar es como los pasos de alguien que se acerca pero que nunca llega", una imagen metafórica que lo llevó a sentir nostalgia por el mar, y que fue confirmada por las palabras que su padre le susurró antes de morir: "Volvamos al mar".

Leer "El último grumete de la Baquedano" implica, sin lugar a dudas, hacerse cómplice del hilo argumental, sobre todo si alguna vez se estuvo a bordo de un barco que avanza rumbo al Sur, donde las ráfagas del viento ululan en las noches y los témpanos de hielo flotan como osos polares en Tierra del Fuego.

El protagonista principal de la obra, Alejandro Silva Cáceres, era el segundo hijo de una madre viuda que, para solventar las necesidades de su humilde hogar, lavaba y planchaba las ropas de drill y paños de los marinos, cuyos oficiales lucían uniformes blancos y camisas de cuello almidonado los días domingos.

Alejandra, hasta antes de embarcarse clandestinamente en la "Baquedano", era alumno aplicado en la escuela primaria y el liceo. Estudiante con la obsesión de ingresar algún día a la Escuela de Grumetes de la Armada. Quería ser marino a cualquier precio aun sabiendo que su padre murió en un naufragio, y que su hermano mayor, Manuel, desapareció en Magallanes, a donde se marchó con la ilusión de que en los mares del Sur se ganaba mucho dinero cazando nutrias, lobos, zorros y otros animales de piel fina.

De los trescientos y un hombres que estaban a bordo de la "Baquedano", el último tripulante era Alejandro Silva Cáceres, oriundo de Talcahuano, quien, escondido en el fondo de la proa, inició la mayor aventura de su vida, luego de haber tomado la decisión de despedirse, por medio de una carta, de su madre y sus profesores de liceo. Aunque tenía apenas quince años, como el capitán de una de las novelas célebres de Julio Verne, poseía el espíritu valiente y sagaz de un marino dispuesto a enfrentar los vicisitudes del destino. Al fin y al cabo, estaba consciente de que éste era el último viaje de la corbeta "Baquedano" y la única oportunidad que tenía para convertirse en uno más de los grumetes del

glorioso buque de guerra que levantó los velámenes y zarpo rumbo a los canales del Sur, llevando a bordo a trescientos y un hombres que se internaron en la inmensidad del mar, con la proa en dirección al viento.

Alejandra, al cabo de ser descubierta en su escondite por el guadamirino, fue presentada al capitán y luego al comandante, quien, al escuchar las explicaciones del muchacho, decidió que lo considerarían el último grumete. A partir de entonces, Alejandro aprendió a armar un "coy" con el colchón y las dos mantas de reglamento, a levantarse al toque de la corneta y a subordinarse al mando de sus superiores. Aprendió, asimismo, el nombre de los instrumentos y compartimientos de una corbeta de guerra, y posteriormente las maniobras de una navegación a vela.

Así, poco a poco, empezó a amar a la "Baquedano" como a su propia madre, pues era una nave donde, además de impartir las instrucciones correspondientes a la Escuela de la Armada, se contaban historias de aparecidos y buques fantasmas, como ese cuento de "El fantasma del Leonora", referido por un viejo sargento que pasó su vida a bordo de la "Baquedano". En realidad, el fantasma del "Leonora", velero rescatado de las rocas del Estrecho de Magallanes, no era más que el mascarón de proa; tenía aspecto de sirena, "los brazos abiertos como queriendo abrazar al mar y las aletas plegadas a los bordes, igual que una aparición, blanca como el mármol". El sargento contó que, mientras los tripulantes dormían en el camarote, se les aparecía esta figura femenina, de carn hermosa y túnica blanca. Los tomaba del brazo y los conducía a través del velero, con la intención de arrojarlos por la borda y desaparecerlos sin dejar rastro alguno.

Francisco Coloane, aferrado a su pluma de narrador innato, nos cuenta las peripecias de su joven protagonista, con la experiencia de quien ha recorrido muchos mares y ha visto muchos sitios. Está claro que el autor, por su ascendencia natural, revive su niñez en medio de la naturaleza agreste y accidentada de Chilipé. Además, se debe recordar que Coloane navegó desde su infancia por los canales del Sur, que vivió desde su adolescencia en Puerto Montt y Punta Arenas, que era hijo de un capitán de barco ballenero que hacia su travesía hacia el Estrecho de Magallanes, y para entender mejor sus vivencias y experiencias como hombre y escritor, se puede afirmar que Coloane no sólo fue navegante en los canales australes, sino también cazador de lobos, ovejero y diestro domador de potros en las estancias de Tierra del Fuego.

Todo ese caudal de experiencias le permitía contar, con la destreza narrativa de un Jack London o un Robert Louis Stevenson, las maravillosas aventuras de un grupo de marinos cuyo único escenario de acciones es el espacio abierto entre la popa y la proa. Coloane, sin titubeos ni circunloquios, sabe transmitir las sensaciones del alma ante una naturaleza salvaje que, a veces, se sobrepone a las fuerzas humanas en medio de los vaivenes del mar.

De hecho, los tripulantes de la "Baquedano", junto al joven protagonista, estaban destinados a resatir las embestidas del mar, con sus olas que se elevaban por encima de la cubierta, y los vientos que zarandaban los velámenes, a tiempo que la corbeta se mecía cual una cáscara de nuez en medio de la tempestad que enseñaba que el marino para sobrevivir a la travesía, debía mirar a la muerte cara a cara, enfrentándose a los peligros con la serenidad de los nervios y la tenacidad de los músculos.

Francisco Coloane, exímio narrador de los sentimientos humanos y las fuerzas indomitas de la naturaleza, nos permite imaginar, en el libro que comentamos, la violencia implacable de las aguas embravecidas: "El mar aumentaba sus furias; ya no parecía océano, sino un mundo de montañas enloquecidas que bailaban estrellándose unas contra otras. El viento aullaba y bramaba a ratos, el aguacero caía como si otro mar se descargara encima. De vez en cuando, algo como unos gritos incoherentes, plañideros, estentóreos, salían de las bocanadas de agua y viento; era la voz de la tempestad".

De otro lado, Francisco Coloane, el estilo de Selma Lagerlöf, quien escribió "El maravilloso viaje de Nils Holgersson" para darnos una lección de geografía sueca desde el lomo de un ganso, nos pasea a bordo de la "Baquedano" - la formidable "Chancha" - realizando una descripción magistral de la zona austral de Chile. Coloane, como todo marino convertido en narrador, tiene la facultad de guiar al lector por un itinerario geográfico que comprende fiordos, cabos, penínsulas, archipiélagos, islas y bahías.

Bien se podría decir que "El último grumete de la Baquedano" es un pretexto o un medio del cual se vale el autor para enseñarnos el paisaje accidentado y arborescente de lugares como Talcahuano, Puerto Montt, Golfo de Penas, Punta Arenas y Magallanes, donde los bosques, contemplados a lo lejos, se levanta como montañas recordadas contra el azul del cielo. No es menos maravilloso imaginar el paisaje de la bahía de Puerto Refugio, que, aparte de ser un sitio ideal para salir a mar abierto y cazar ballenas, está rodeado de grandes cordilleras cuya única vegetación son los robles y los musgos, o el encanto especial que ofrece el canal que conduce a Puerto Edén, cuyo espléndido paisaje, además de hacer honor a su

nombre, es la tierra de los indios alacalufes, que viven de los productos que les concede la tierra y el mar.

La "Baquedano", como cualquier buque de guerra que sigue la ruta del Sur, atraviesa por sitios mentados por los marinos más viejos, como es "La Tumba del Diablo" en Punta Arenas, población ganadera de la Patagonia, situada en las márgenes del Estrecho de Magallanes y frente a la legendaria Tierra del Fuego. Se dice que aquí fue amarrado y fondeado el Diablo, con tres toneladas de grilletes y cadenas, y que: "En las noches de tempestad arrastra sus cadenas debajo del mar, y los pocos marinos que lo han oído y están vivos dicen que es un ruido terrible, que queda en los oídos para siempre! ¡Más horrible que el de la tempestad!".

Cabe recordar que la obra de Coloane no sólo trata de rescatar la fauna y la flora del Sur del Chile, sino también sus mitos y leyendas, cuyos personajes respiran a través de la pluma de este narrador que, aparte de saber anudar coherentemente los cabos sueltos de sus historias, es uno de los escritores tradicionales más fecundos de la literatura chilena contemporánea.

Si en su novela "Guanaco blanco" retrata personajes míticos como son Timaucal, el más poderoso de todos, y Quenos, constructor de praderas y canales, en "El último grumete de la baquedano" cuenta la leyenda de tres familias que se salvaron del diluvio al estilo bíblico del Arca de Noé. Se tratan de tradiciones orales que el autor recogió de primera mano en los lugares de origen. De ahí que cada uno de sus libros, al margen de ser leídos como simples cuentos o novelas, contienen textos de carácter antropológico y etnológico, que rescatan mitos y leyendas de las culturas ancestrales, con héroes y epopeyas que, tras haber sobrevivido al avasallamiento de la colonización occidental, se conservan en la memoria colectiva, transmitiéndose de generación en generación.

"El último grumete de la Baquedano", por intermedio de los pensamientos y sentimientos de su joven protagonista, nos pone en contacto con personas cuyos valores culturales y códigos de vida son diferentes a los de Occidente. Es decir, nos permite comprender mejor las razones fundamentales de la diversidad cultural, no desde la perspectiva del discurso demagógico del poder, sino desde la visión consciente de un escritor que se suma a la causa de los pueblos originarios que exigen respeto a sus derechos más elementales.

Con todo, casi al final del libro, cuando la "Baquedano" arribó al Cabo de Hornos, donde se cruzan las aguas del Pacífico y el Atlántico, el último grumete, Alejandro Silva Cáceres, encuentra a su hermano mayor, Manuel, quien, vestido a la usanza de los indios yáganse, vivía en calidad de cacique con una india de buen parecer y tres hijos menores. Manuel, más que representar el sincretismo cultural, asumió como suyas las costumbres ancestrales de los yáganse. Quizá por eso, mientras contemplaba las aguas gelidas del mar, se le acercó a Alejandro y le dijo: "Los hombres somos como los témpanos, la vida nos da vueltas a veces y cambiamos!".

En esta región inhóspita y agreste, conocida como "El Paraíso de la Nutria", los indios yáganse sobreviven aislados del mundanal ruido de las urbes, llevando una vida sedentaria en medio de la nieve y el viento helado. Se alimentan casi exclusivamente de la caza de nutrias, lobos, pingüinos y otras aves, debido a que, a diferencia de los primeros occidentales que llegaron atraídos por la fiebre del oro, los habitantes ancestrales no conciben la propiedad privada y prefieren llevar una vida en simbiosis con la naturaleza, tomando los alimentos que les provee el mar, y algunas veces, del trueque que realizan con los tripulantes de los barcos mercantes que atraviesan por ese helado confin del mundo.

"El último grumete de la Baquedano", como todos los relatos clásicos bien contados, es una obra que no podía dejar de tener un desenlace feliz, ya que el joven protagonista, Alejandro Silva Cáceres, a su retorno a Talcahuano, lleva el uniforme de marino, y para la alegría de su madre, las pieles y el oro que le entregó su hermano Manuel, como prueba de que el amor de un hijo por su madre es inmutable a pesar del tiempo y la distancia.

Así pues, este hermoso libro de Francisco Coloane, que fue escrito "en recuerdo de la nave que formó a tantas generaciones de marinos chilenos", debería ser un texto de lectura obligatoria para quienes deseen conocer algo más sobre la legendaria historia de la "Baquedano", ese buque-escuela de la Armada que, después de haber realizado el último cruceo hacia el Cabo de Hornos, echó para siempre sus anclas en un puerto, como cualquier corbeta de guerra que envejeció en sus innumerables batallas y periplos.

Victor Montoya. Escritor boliviano.  
Reside en Estocolmo - Suecia.